

HISTORIAS Y LUGARES

PRESENTACIÓN

El lugar y la historia son de esos conceptos para los que el lenguaje no es sino lenguaje al utilizarlos. Trascienden por sí de sí mismos. Ambos tratan de enmarcar (siempre insuficientemente) el estar y el ser en la vida. Huellas, momentos, decisiones, recuerdos, proyectos, sentimientos, datos elocuentes del vivir, se esconden apretujados tras esas trece letras. Cualquiera de ambos conceptos puede andar en soledad con su sentido pretérito futurible y su trascendencia como entidades inacabadas. Pero, a pesar de ello, uno juega habitualmente al encuentro del otro entre las frases. Es entonces cuando el pensamiento aletea volátil sobre el áurea de las palabras. Las roza a ras de suelo con sus álitos anímicos haciendo ademanes de quedarse prendido para siempre. Se enreda en las consonantes punzantes tambaleando sus troncos, o se pone a girar en el interior de las vocales redondas. Disfruta entonces de ese don de la ubicuidad que le posibilita estar, o no, dependiendo del ánimo del lector, la hora en que se lea o la fe inquebrantable de hacer visible lo que se quiere.

Todos guardamos una carpeta con planos cuyo contenido desciframos durante el transcurso de nuestra obra. Sobre algunos emplazamientos, edificamos plantas de aconteceres e inquietudes, desde las más nimias a las contemplativas hasta las que requieren un mayor tiempo de cimentación. En un comienzo los lugares son quienes nos hablan y nos miran, pero después somos nosotros quienes les hablamos y observamos. Es ahí cuando, construyendo y reconstruyendo cada mundo, se buscan rincones donde remansar los ojos para evadirlos o donde dejarlos posar para construir las más veraces historias, las únicas que nos hacen ser lo que fuimos, lo que somos y lo que podemos llegar a ser.

Sólo la historia, y sus pequeñas historias, redime la locura del absurdo. El vacío modifica su tamaño al abrir las maletas en casas sin restos de juguetes rotos. Y la nada se agranda con la multiplicación de preguntas sin solución y de hechos predeterminados si respuesta. Por ello, el recuerdo es esa imagen redentora diluida en el tiempo que hace de la existencia un algo factible. El pasado se transforma en un trueque inmaterial de conversaciones, en un reducto de nostalgias agrandadas

con el transcurso de los años. Y el futuro, como historias por-venir, se convierte en un asidero vital de esperanzas claras e ilusiones furtivas.

Todos estos impulsos se evaporarían si no existieran lugares en los que desarrollar dichos acontecimientos. Sin ellos, la historia, como todo en potencia, se ubicaría peligrosamente al borde de la nada. Sin ese trasfondo escénico, se diluiría en un mero pensamiento evanescente. El lugar, con sus colores, su entorno, sus rutas y sus variantes, acaba codificado instintivamente en la memoria con la mera contemplación. Se asienta en ella guardando la voz de la imagen repetida o del recuerdo remoto; todo sórdido; en espera silente. Sus formas resurgen con más o menos fuerza según la luz o la distancia del tiempo. El pasado será futuro en el presente empapado en un esfuerzo ponderativo de nostalgias. Y el lugar, convertido otra vez en historia, retornará menos silencioso y fiel pero cóndito a la memoria raptando a su paso un largo caudal de pensamientos.

Los lugares hacen del momento historia, y de la historia algo asible, voluble, pero existente. Aquí dormita su trascendencia. Nada cambia; todo permanece, excepto nosotros y ellos. Por tal razón, el descubrimiento o el retorno a rincones anteriormente conocidos son un dato, quizás el más incontestable de todos, del transcurso del tiempo por la vida. Los lugares abrirán sus entrañas invitándonos a contemplarlos con otros surcos, otros mares y otros bagages de esperanzas.

Cuando me propuse realizar la presentación de este, mi tercero pero en verdad primer libro, no pensé que fuese a culminarlo por el principio con unas pinceladas introductorias rayano la filosofía existencial. Pero la racionalidad suele rendirse ante las evidencias. Y, a fin de cuentas, soy yo mismo quien acaba retratado entre sus páginas. En realidad, puede considerarse un auto-homenaje después de treinta y tres años de estancia por la vida, aunque su núcleo fue gestado hace un lustro (justamente entre dos otoños marchitos) y perfilado con puntuales añadidos hasta hace bien poco. Era, por tanto, necesario trazar una frontera, siempre imprecisa en sus lindes, para enmarcar de alguna forma un antes y un después.

Gran parte de sus páginas se entintan de un color pastel grisblanquecino, mezcla lógica del aliento y del desaliento que acompaña a los naufragos del milenio. Hoy, los pocos panópticos se talan de los árboles para que zigzagueen por la maraña desenredada. Y se destierran los poetas que escriben versos cuyas líneas intentan cambiar el orden lógico de las cosas. Al final, termina circulando en las pupilas una sucesión de lugares sin rostro e historias repetidas. Por eso me obligué al

anudamiento de ambos extremos en dos géneros, que es uno solo, de poemas y de relatos, desde sus páginas interiores hasta la misma portada del libro.

Agradezco desde aquí, paramusicando a Silvio Rodríguez, la participación de todos los que colaboraron en la formación de la cuerda que lo circunda y sostiene. No sé si rastreando su interior encontréis reflejadas algunas de vuestras historias o de vuestros propios lugares. En ese caso, perdeos en ellos para ir nuevamente en su búsqueda: la del encuentro de los lugares perdidos; la de la historia de los otrora encontrados.

Córdoba, 1 de octubre de 1996

HISTORIAS I

RETRATO AMOROSO

Soy de esos ilusos románticos
que han de enamorarse un poco
antes de hacerlo.

De los que hablan el lenguaje de los ojos
no para dibujar figuras,
sino para leer su texto.

De los que rozan con las manos
hasta ensamblar los dedos,
y dibujan olas separando los cabellos.

De los que se acercan despacio
al vaho de los besos.

De los que no dan con la frase
al proponerlo.

De los que siguen un rito
al desnudar el deseo.

De los que recorren muy lento
cada hueco del cuerpo.

De los que hacen paradas breves
para sentirse dentro.

De los que cierran los ojos
y gritan gimiendo.

De los que, después, no hablan
para amenizar el silencio.

Sí,
soy de esos frágiles románticos,
lunáticos,
que suelen gastar los te quiero.

HASTA EL DÍA SIGUIENTE

Hoy quiero esconderme en lo oscuro,
coger el hilo de siempre
para llegar a tu cuarto,
mirarte dormida
adorar tu sueño
robarte un beso
y mecerme dentro,
robarte un beso
mirar tu sueño
adorarte dormida
salir de tu cuarto
recoger el hilo de siempre
y volver a esconderme en lo oscuro
hasta el día siguiente.

ESPERANZA

Tu nombre es algo más que un nombre.
Se alinea domesticado por lápices,
tizas, plumas, y bolígrafos,
pero los trazos se vuelven invisibles
y sus nueve letras rugen de impotencia
cuando observan atónitas desde abajo
el vuelo eterno de su alma.

Tu nombre es algo más que un nombre para el hombre.
Un color.
La medida del tiempo.
El sueño del que sueña ensoñaciones.
La luz del que duerme amaneceres.
El punto suspensivo del poeta.
El arma del que lucha en batallas de sal o vinagre.
El milagro de quien se apaga entre leucemias carcomidas.
La ilusión del proyecto en el aire, en el suelo,
en papel blanco o vegetal.

Tu nombre el algo distinto para el mundo.
El baluarte mágico, el dicho hecho,
el tópico fácil, el concepto gastado,
el clavo ardiendo, el último soplo,
el reclamo publicitario en postales eucarísticas,
la palmadita fría de compromiso,
el ánimo seco, sin convicción, sin aliento,
la última frase del psicoanalista...

Tu nombre es más que un nombre para quienes te conocen,
por tu rostro tan lindo,
tu risa de niña adolescente,
tus ojos claros , inquietos, juguetones,
la manchita pequeña en tu pupila,

tu ternura tierna,
tu sed de vida,
la paz que transmites y el estallido de mujer que llevas dentro.

Tu nombre es algo más que un nombre para mí,
por inquietarme cuando lo pienso,
estremecerme al pronunciarlo,
sentirme hombre cuando te miro,
Y ser yo mismo cuando te hablo.

Tu nombre es lo de menos, sólo es un nombre;
lo importante es que existes, que eres como eres,
y poder cantarlo con el alma llena.

HISTORIAS II

MARTA

Y no sé si alguna vez leerás estos versos...

¡Ay, que te ay con el ay!
En las faldas del Bentaiga
la cometa se hizo cierta.
Harimaguadas de esponja
rodean la roja piedra.
Bajo el Roque Nublo enhiesto
la loba y la tripa esperan.

¡Ay, que te ay con el ay!
Dijo la hembra muy tensa.
Y en un instante la luz
y un grito
y una estrella.

¡Ay, que te ay con el ay!
Sobre una cuna de cera
ella miraba de arriba
de arriba miraba ella
un peluchito de pelo
que tocaba leche tierna.

¡Ay, que te ay con el ay!
Guanches a adorar se acercan.
Sus ojos de mar son inquietos.
No sabe hablar y anhela.
No piensa ni piensa, y piensa
frases cortas, dulces, yermas.

¡Ay que te ay con el ay!
¡Duerme tranquila, mi niña!
¡Que no te inquiete aún la luz!
¡Que no te inquiete tu estrella!

Mamapapalobo te mecen.
Abuelitojuguete espera.
Titotitananitanana.
O yo mismo, si fuera
luciérnaga, bajaría
por si tu sueño desvela.

¡Ay, mi ay!
¡Duerme en tu chupe de carne!
¡Duerme, Marta, tu siesta!

ESPERA

Guardaré estos últimos versos
en el cajón blanco de mi mesa,
el del asa negra y los folios vacíos,
para que un día vuelen eternamente
y muestren lo que nunca supe.
Mas no sé quién entornará la puerta
ni cuándo entrará el viento;
si otros versos
o tu escarcha;
si con otros versos
o con tu calma.

A VECES

A veces () se ven
volar epitafios marmóreos
sin mirarlos.

A veces (tantas) se sabe
la vacuidad de los actos
la inutilidad de las palabras.

A veces (pocas) se hace
instante el instante,
presente el presente,
amor el amor,
vida la vida.

A veces (muchas) se deshace todo
haciéndose o sin hacerse.

A veces (...) se es
siendo tan fácil seguir no siendo.

LUGARES

EL TREN

Durante tres años y diez meses, sentarse ante un ordenador se convirtió en una vitalidad kafkiana. Durante 13.120 días, una pantalla monocolor verdosa y un sonido apéntagrámico llegaron a ser su única compañía redentora. Bien es verdad que al comienzo pulsaba el *on reset* incluso con cierto entusiasmo. Simbolizaba otro de esos tantos medios con los que afrontar la lucha por existir. Los avances tecnológicos posibilitaban el aparecer de innumerables letrillas alineadas inteligentemente sin puntos y aparte. A medida que pasaban los números en el lado derecho de la pantalla, se acortaba la magnitud de un proyecto cuyo plazo nunca estuvo prefijado de antemano. No se escatimarían esfuerzos en aquel viaje si retorno. El relleno de pantallas acercaba un puesto de trabajo de por vida; la seguridad de tener algo seguro para siempre, y de sentirse seguro con ello en momentos de incertidumbre. Los postreros aleteos vitales fueron sacrificados (no muy conscientemente) en dicho proyecto. El fin justificaba el medio. Desconectarse del mundo y de sí era bien fácil, tanto como obligado por inercia. Aquella literatura muerta le inyectaba al unísono el veneno metastático y el antídoto inutilizable. No había, por tanto, demasiado que perder y sí algo, bastante que ganar.

Pero todos los proyectos desitiados en el tiempo acaban irremisiblemente en proyectos inconclusos. El, sin embargo, sólo llegó a saberlo en la mitad del trayecto, cuando la duda induce a optar por el abandono o el seguimiento. Aunque hasta ese momento había dosificado bien sus fuerzas, ya notaba algo de cansancio. La fluidez física y mental no eran iguales. No podría recurrir por mucho tiempo al glucógeno almacenado en momentos alegres, y tendría que utilizar las reservas de lípidos y proteínas felices.

La interrogante fue disipada sin demasiados pensamientos. Pues es difícil bajar de los trenes sin retorno. Se sube a ellos en un determinado instante no muy convencido de su destino final, con prisas, sin mucha meditación, gastando los ahorros hormigueados con la fútil esperanza de bajar de ellos cuando el recorrido se torne espeso y abrupto. Llega un momento que la excusa del túnel interminable te acomoda al asiento, aunque el eskai se pegue en los muslos sudorando el cuerpo, el apetito se acostumbre a menús de bocadillos y cervezas, o se pierda el sueño entre intentos vanos por conciliarlo con el matraqueo continuo de vagones de hojalata. Con el tiempo, el trayecto se convierte en

un único trayecto, y ya es imposible romper esa inercia. Seguir entre gente que viste al igual que come, piensa, o sueña despierta, se convierte en la opción más correcta. No es inteligente bajar de estación cuando las fuerzas están mermadas; con tal debilidad sería imposible si quiera levantar la mirada al panel informativo de otros trayectos; y no hay que tomar decisiones trascendentales cuando no se está seguro de bien poco.

El tren seguía el trayecto asignado de antemano al son del traqueteo de otros trenes con destinos parciales parecidos. A veces se juntaban tanto las vías que se levantaba la mano para saludar a los viajeros de enfrente. También había despertares de ansiedad cuando al pasar vagones en dirección contraria, se pensaba lo equivocados que estaban quienes cursaban un sentido opuesto. En su interior, todo debía ser orden, sistematización, rutina:

Agenda

7:30 a.m: alarma-despertador

7:35 a.m: aseo y satisfacción de primeras necesidades.

7:55 a.m: dirección adormecida desde el coche-cama al coche-bar.

8:00 a.m: desayuno: zumo, tostadas de aceite (a ser posible integrales, por la fibra y el cáncer de colon), y café con leche.

8:30 a.m: camino hacia el coche-trabajo (siempre tortuoso- a esa hora de la mañana es caso imposible avanzar por los estrechos pasillos de los vagones-.)

9:00 a.m: llegada al coche-trabajo (servidumbre contractual libremente concertada).

11:00 a.m: café y/o tentempié (en ocasiones, charlas amistosas/ en otras, repetición mimética de rostros al son de saludos hipócritas).

11:15 a.m: vuelta al coche-trabajo. Trabajo.

13:30 p.m: salida; primer margen de libertad comprimida (unos van al coche-bar, otros al coche-siesta-TV, otros al coche-familia, si no están lejos de sus ocupaciones laborales/pocos se sientan en los descansillos fumando un cigarro o mirando el paisaje/los menos, siguen siendo ellos mismos).

16:30 p.m: retorno al coche-trabajo (menos tortuoso pero igual de difícil).

17:00 p.m: segunda llegada al coche-trabajo. Trabajo.

20:30 p.m: final de jornada laboral segundo margen de libertad mermada por el cansancio (uno vuelven al coche-bar quedándose en él/ otros se hipnotizan frente al coche-TV/ la mayoría vuelve directamente a la litera llenos de cansancio/ otros lo hacen al coche-familia, y tendrán al menos una posibilidad de recibir algo de amor/afecto, si

aún vive/ si los niños aún están despiertos/pocos hacen una mínima vida en los descansillos del tren compartiendo algo/muy pocos miran abyectos la sucesión de postes al lado de la vía/ nadie escribe hileras de versos; sólo una ilusión, un proyecto vital para apaciguarse, acariciarse mentalmente y seguir enteros).

Durante casi cuatro años fue un agente activo de tales hábitos consuetudinarios. Cuando el destino no convence y no es posible cambiarlo, o se despeña del tren, o se sigue definitivamente en él con el horario establecido, las normas establecidas y el destino preestablecido. Él, cuanto menos, creía rebelarse a su manera siguiendo dentro pero sin rumiar con todas las consecuencias. No bajaba de un estación a otra ni alzaba la mirada a otros paneles por una actitud cobarde, sino consciente. Cual Sísifo, miraba al suelo entre gemidos sordidos y llantos circulares. Día tras día, rodaba la piedra de cola a cola del tren sin dejarla caer por las puertas de los vagones. No aguardaba la espera que nunca llega por sí sola sin el momento correcto en que soltar todos los lastres, cuanto menos los que con su peso impiden ser uno mismo. Pero al cabo del tiempo, el desaliento le hizo ver la posibilidad de volcar la piedra por alguna ventana de emergencia. Aquel ordenador que le esclavizó, que fue odiado durante trece mil ciento y pico de días volvía a convertirse en el sujeto receptor de un nuevo estado de ánimo. Valorizaba su pasado con las mismas armas que le habían atado a él durante tantas noches. No se despertaba angustiosamente cuando veía pasar otros trenes en dirección contraria. Mantenía una actitud sopesada, escéptica pero igualmente abierta al asombro, pragmática hasta límites, frívola (si fuera preciso), hipócrita incluso con determinada parte y con determinados sujetos del tren, los que para él no significaban nada, ni siquiera puntos suspensivos de un diario en blanco.

Nunca sabría de dónde salían ni a dónde llegan los trenes con certeza. Pero sí sabía que todas las estaciones son recortables de apeaderos, y que en los paneles informativos siempre existirían errores realizados conscientemente en los destinos o en los horarios. Los trayectos irían surgiendo en su preciso momento, sin importar el destino o el medio de locomoción utilizable, sólo el sentido y el ritmo acompasado de cada tren interno.

Mirando al trasluz de la ventana el reflejo un rostro pensativo y calmado, le sosegaba saber que aunque circulara por raíles de metal podría correr cuando quisiera, y sin temor a perderse, por sus propios caminos verdes de tierra húmeda, observando a lo lejos, impotentemente, por la mirada mustia de tantos viajeros en trenes de hojalata.

LA VELA EN LA ALACENA

La vela dormitaba encerrada en la alacena de la cocina. Estaba pegada a un plato pequeño que fue utilizado durante mucho tiempo para servir café, pero la romperse la taza que le hacía juego fue destinado a mantener el fuste de la vela y a servir de asamento plano cuando el sistema de electricidad mostraba su ineficiencia. Los momentáneos y esporádicos apagones habían acumulado un pegote de cera que se extendía sobre gran parte de la superficie del plato. La vela, enraizada por siempre sobre aquel manto blanco gelatinoso, se sentía plato, y el plato también vela.

Sólo de cera era

La vela miraba desde dentro su horizonte redondo. Su memoria sólo recordaba los momentos en que fue manoseada en una fábrica, metida con otras velas en una caja, y adquirida más tarde en una ferretería. Siempre se cuestionó el porqué de aquél mostachón de pelo tieso que sobresalía por encima de su cabeza. No supo la respuesta hasta que una lumbre se aposentó por primera vez sobre sus hombros. Aquel quemazón, aquellas gotas ardientes que se desprendían de sí misma y que recorrían lentamente su cuerpo le sorprendió tanto, le dolió tanto, que renegó desde aquel instante de su destino. Desde aquel momento, su mente se replegó a la fábrica, la caja, la ferretería, y a aquellos primeros momentos de espera dentro de la alacena. Su pensamiento se nutrió desde entonces de introspección, recuerdos y nostalgias.

mas vela, vela no era

La vela aguardaba detrás de la puerta. Sentía una extraña mezcla de expectación, temor, fortaleza y ansiedad. Siempre estaba alerta al sus de sus servicios. Al sentir el temido quemazón, al notar que las gotas empezaban a desprenderse de su cuerpo recorriendo su fuste hacia el suelo, se agachaba angustiada, recogía con sus manos toda la cera derretida que aún no se había solidificado en su baso para colocarla otra vez encima de su cabeza. Cuando aquel ímprobo trabajo de autorreconstrucción minaba sus fuerzas pasaba a soplar la lumbre que se impregnaba en su mostachón de pelo intentando

apagarlo o, cuanto menos, aflojar su intensidad para mitigar el derretimiento. La única idea que dominaba su conducta era evitar la merma de centímetros a toda costa.

su vida era cautela,

La vela aguardaba tras la puerta de la alacena. Siempre expectante; siempre ansiosa; siempre alerta. Ya presentaba un aspecto enfermizo. No tenía color blanco sino una tonalidad hepático-amarillenta. Tampoco ostentaba un fuste liso y recto, sino un cuerpo amorfo con estalactitas goteantes alrededor suyo. Su fuerza física estaba absolutamente colapsada por pensamientos depresivos. Su vida giraba alrededor de una misma obsesión, con un mismo pensamiento y un mismo temor que le acompañaba en sus despertares y amaneceres. No se percataba que esa interpretación de su objetivo vital y que tamaño afán recolector de gotas derretidas en su base para no ver acortados sus centímetros empañaba sus ojos y le enmudecía por dentro. Tanto mirarse para afuera le hacía extraña para sí misma. Y precisamente dicha actitud le impedía ver y ser a un mismo tiempo.

y mirar siempre su estela

Una noche, el sistema eléctrico mostró nuevamente su ineficiencia y fue necesario recurrir a los servicios de la vela. Sin embargo, esta vez no estuvo alerta. La acumulación de vigiliás le había sumido en un sueño del que sólo se despertó al notar las primeras gotas de cera derretida sobre su fuste. El cansancio acumulado bloqueó aquella reacción instintiva que se ponía en funcionamiento nada más abrirse la puerta de la alacena. Y en vez de emprender automáticamente sus contursionismos recolectores de su base derretida, esperó un momento, como queriendo aglutinar las pocas fuerzas que le quedaban. Pero su sorpresa vino al comprobar que no tenía ninguna reacción violenta ante el primer quemazón. Aquella mezcla de sopor, cansancio y gotas derretidas le causaba una agradable sensación de paz interna. Decidió esperar más y analizar sus reacciones. No replegó la mirada hacia su base sino hacia su mostachón de pelo único, y tampoco sentía dolor alguno ante el temido contacto caliente.

despertó un día de su espera

Era la primera vez que la vela se miraba y se sentía verdaderamente por dentro. Cerraba los ojos para notar mejor el lento camino de las gotas derretidas sobre su fuste y el agrandamiento de su base sobre el plato que estaba pegada. Aquella sensación de ensanche de sus raíces gelatinosas le hizo comprender la equivocación a que le había llevado su postrera actitud huidiza. Su regocijo en el pasado, el no haber afrontado traumas infantiloides, le había convertido en un “Peter Pan” flaco y amarillento que se nutría con la esperanza de detener el paso del tiempo y de hacer de su vida un lugar de juegos interminables. La negación, su desesperada recolección de gotas derretidas para no decrecer centímetros de fuste, nunca le permitió ver la realidad de las cosas ni aceptar con coherencia su destino. Surgían interrogantes y respuestas agolpadamente sobre su mente con una rapidez irrefrenable.

no sabía quien en verdad era

En el interior de la vela todo era un fluir de sensaciones hasta entonces nunca experimentadas. Ya no reflejaba su clásico tono hepático-amarillento sino un color blanco reluciente. Tampoco soplaba a la llama impregnada en su mostachón de pelo único para mitigar el derretimiento. Mostraba orgullosamente la lumbre que coronaba su cabeza con majestuosidad. Comprendió que su objetivo vital era aquel que precisamente había recluso durante toda su vida: dar luz, y que ello implicaba la merma de centímetros del fuste. Sentía un orgasmo indecible a medida que descendían las gotas calientes formando estalactitas alrededor de su cuerpo, con una fuerza interior que hacía brillar aún más la llama sobre su pelo.

y afrontó que para sentirse vela

Ya no le importaba a la vela experimentar físicamente la disminución de centímetros del fuste y el rápido acortamiento de su estatura. Era feliz al mirar con entereza el espectáculo de su vida. La lenta consumición ensanchaba la base cada vez más, y en pocos instantes una capa gelatinosa y blanquecina terminó por cubrir el plato que durante tanto tiempo le sirvió de soporte. En breves minutos, sólo quedaba un piturrito tieso sobre un ancho manto de cera derretida. Pero sus ojos, perdidos entre la capa blanca, miraban orgullosamente la llama encendida que aún se erigía sobre su mostachón de pelo único.

debía ser la vela

El sistema eléctrico volvió a mostrar su eficiencia. Un soplo de viento apagó la llama minúscula que todavía prendía sobre el piturrito negro. Y un hilo fino de humo quemado quedó suspendido hacia el techo de la habitación...

LA HOJA DEL ÁTICO B

La hoja vivía en la segunda planta de un castaño. Era un edificio bien hermoso, rodeado de otros castaños que, en las primaveras, hacía dudar el comienzo de dicha estación estival cuando sus flores lo recubrían con un toldo blanco. Había nacido sietemesinamente debido al confusionismo climático que azotaba la tierra desde hacía años. Habitaba en el extremo de una rama, a escasos cinco metros del suelo. Nada más apincelar en su piel sarampienantes pigmentos verdes, notó que un pequeño bulbo vegetal unía su cuerpo a la madera. Nunca le gustó la idea de sentirse encadenada a aquella propiedad horizontal de tan escasos metros cuadrados.

Su infancia estuvo marcada por la soledad, pues su parcela se encontraba en la parte más extrema del castaño sin apenas contacto con el resto de las hojas. Cursó estudios superiores sin meridianos problemas, con un expediente académico aceptable que le facilitó concertar un contrato de duración indefinida (muy difícil en aquellos momentos de sempiterna recesión económica). Pero su actividad profesional nunca llegó a apasionarle. Encontraba monótono y aburrido crolofilar alternativamente oxígeno y anhídrido carbónico. Por eso, sus momentos de ocio se llenaban de dudas metódicas. En vez de disfrutar el paisaje desde su balcón, de enmorenar su color verde en los días soleados, cuchichear con las otras hojas conductas de animales vecinos, o vaivenearse cuando el viento irrumpiese entre las ramas del árbol, rechazaba consumirse fútilmente pegada al trozo de madera de la segunda planta. Jamás llegó a entender que el resto de las hojas, y por supuesto sus hipócritas compañeros de trabajo, no mostrasen disconformidad alguna con su situación vegetal.

Llegó a la conclusión de que gran parte de sus males radicaban en el lugar donde vivía. En verdad, el segundo piso era una plataforma ruidosa, sin intimidad (por estar abierta a las miradas de los habitantes del bosque), fría (por su ubicación a escasos metros del suelo), y sombría (pues apenas se filtraban los rayos solares). Comenzó entonces a hurdir la posibilidad de mudarse hacia la copa del árbol. Desde el ático evitaría los ruidos de las horas punta, los tacones enmarujados de castañuela, o los gemidos orgásmicos del vecinosemental. Tendría más intimidad alejada de miradas lechuzosas, evitaría la humedad y disfrutaría de una vista inmejorable oteando el mar bosquiverde a gran altura.

Contrató con una empresa de trabajo temporal la mudanza, quien de inmediato le envió tres operarios: un pájaro carpintero para perforar en la rama donde se introduciría la raíz

de la hoja, una abeja para colocar un trozo de miel para facilitar el injerto, y una ardilla para trasladarla junto a sus enseres hasta aquella planta.

Los tres trabajadores cumplieron perfectamente sus cometidos. Y en un instante, la hoja disfrutaba de su nueva vivienda; arriba, en el *Ático B* del castaño; ya no a escasos cinco metros del suelo, sino a quince, fuera de las incomodidades del segundo piso, del ruido, el frío y la penumbra. Se encontraba en el lugar ansiado, en el sitio que le permitiría eliminar la carga de pesadumbre que le azotaba ocultándole la felicidad bajo palabras, desmomentos y deshaceres. El ya era ya, no un pero, ni un todavía. Y sin embargo flotaban los sin embargos en las moquetas del suelo. Sintiese incómoda, extraña, desarraigada en el ático. Todas las ventajas que había imaginado, de pronto se transformaron en inconvenientes. Sentía mareo desde aquella altura, vértigo cuando miraba hacia abajo, calor a mediodía, insolaciones al reflectarse los rayos solares directamente sobre su cabeza, humedad y tiriteras griposas cuando la lluvia jugaba a quedarse en su chubasquero verde.

Nada, o casi nada, había cambiado de una a otra planta. Seguía siendo ella, más ella, incluso, todavía. Pero ni las postergaciones podían postergarse, ni la excusa serlo para autoexcusarse. Tenía ante sí el espejo de su propia existencia, un diario en blanco de objetivos vitales y una neblina de vivencias sin saber cómo diluirla en el tiempo. La soledad se hacía más solitaria desde aquel sitio. Le invadió entonces una sensación de desamparo y angustia alexitímica. Llamó por teléfono a la empresa de trabajo temporal para contratar otra mudanza que le llevase nuevamente hasta el segundo piso del que provenía. Pero era tarde; sus operarios se encontraban invernando las vacaciones aletargados dentro de sus casas.

Los fríos se hacían más intensos, y las lluvias, y los vientos. El injerto de miel no pudo aguantar mucho las inclemencias climatológicas, y la hoja cayó zigzagueantemente hasta la planta baja del árbol. A la mañana siguiente, un jardinero juntaba en el bosque con un rastrillo todas las hojas caídas la noche anterior haciendo montañitas que después quemaba prendiéndolas con su cigarrillo.